

¿Pobres o empobrecidos?*

J. I. González Faus,
San Cugat del Vallés, Barcelona,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.

Introducción

Las culturas que nos envuelven tienden a hacernos pensar que hay pobres y empobrecidos por una de estas dos razones: por su culpa, porque son vagos, porque no supieron elegir de acuerdo con las leyes naturales –y supremas– del mercado; o por designio de la naturaleza, porque ésta ha hecho a algunos seres humanos libres y poderosos y a otros débiles y esclavos.

Por lo general, cuando los hombres quieren rehuir o combatir una de estas dos explicaciones, caen de bruces en la otra.

Estas explicaciones no son sólo específicas de nuestra cultura, sino que la humanidad ha hecho uso de ellas, a lo largo de toda su historia. Por ejemplo:

- En el antiguo Israel, muchos enfermos eran declarados religiosamente “impuros”, lo cual obligaba a apartarlos de la sociedad para que no contaminaran (facilitándole de este modo, el desentenderse de ellos).
- En la India, los miembros de las castas bajas están allí como castigo por una mala vida anterior, fundamentando así, religiosamente, la separación de castas.
- En el sistema capitalista (según la versión de Max Weber, que lo hace derivar del calvinismo), los ricos tienen en su riqueza una señal de que están predestinados por Dios a la salvación eterna, mientras que los pobres parecen destinados al castigo eterno.

No necesitamos más ejemplos, sino añadir que lo propio de nuestra cultura es el dar a estas explicaciones tan antiguas, *una versión laica*, que las reviste de

* Charla tenida en la Fundación A. Comín, Barcelona, 10 de marzo de 2003

aparato científico económico y sociológico, en lugar de su viejo revestimiento religioso.

Pues bien, frente a esta explicación dominante hay otra corriente que atraviesa también la historia de la humanidad, como una especie de "negaentropía" (o antientropía), la cual, en su versión religiosa, proclama que "Dios no quiere que haya pobres" y se concreta en la Biblia judeocristiana. Y en su versión no religiosa, se encarna sobre todo en la tradición marxista y afirma con igual rotundidad que la naturaleza no hizo a los pobres: más aún, la plena realización de la naturaleza implicará la desaparición de los pobres y la igualdad entre los seres humanos.

En ambos casos, el balance es el mismo: los pobres son *obra del ser humano*. Los pobres, por tanto, son, en su inmensa mayoría, *empobrecidos*, oprimidos.

No se niegan casos particulares (cuya frecuencia puede discutirse y puede variar), en los cuales el pobre es hijo de su propia libertad o de alguna anomalía de la naturaleza. Pero esos casos particulares no son la ley dominante. Esta afirma más bien que *existen pobres porque el género humano los produce*, bien sea de modo inmediato, bien de manera mediata, que es la más frecuente.

Esta actuación empobrecedora del género humano es lo que quisiera examinar un poco más, en esta charla. Y sin pretensiones de exhaustividad, la presentaré en tres tesis. Esas tesis se enfrentan con la teoría política dominante que suele calificarse como "el individualismo posesivo". La primera ataca al adjetivo, la segunda al sustantivo. Y la tercera, nuestra actitud global ante esa teoría.

Primera tesis. Hay pobres porque los humanos somos una insaciable voluntad de "más".

Voluntad de "más" equivale a voluntad de poder más para ser más. Esta voluntad de más es lo que, en la tradición cristiana, se llama "pecado original", y en otras tradiciones no religiosas ha sido detectada y calificada de otras maneras: "mal radical", "caída"... Es, en este sentido, como un no creyente (Max Horkheimer) puede afirmar: "el pecado original me parece evidente".

Pues bien, los seres humanos tendemos a creer que el camino para la consecución de ese "ser-más" es el tener más. Nuestra voluntad de tener más, hace, necesariamente, que otros tengan menos, dado que los bienes de la naturaleza no son inagotables. Y ese "tener menos" lo ponen de relieve algunos datos conocidos.

1. Algunas cifras

No es este momento de dar muchas cifras, pero al menos conviene evocar algunas ya conocidas. Según los informes del PNUD, tres individuos (los tres más ricos del mundo) poseen una riqueza equivalente a la de 2,000 millones de personas); unas 325 personas poseen el equivalente al PIB de 45 países.

Más aún, en el país más rico del mundo, Estados Unidos, 20 millones de hogares no llegan al tercio del ingreso medio y, de ellos, 8 millones de hogares ingresan sólo la quinta parte del ingreso medio (9.200 dólares anuales sobre 55.000). En total, unos 60 millones de personas están por debajo de la línea de pobreza oficial. Dos tercios de la población no llega al nivel de lo que se considera como ingreso medio, mientras que el 10 por ciento de la población duplica el ingreso medio. Y entre ellos, la mitad casi lo triplica y el 1 por ciento de la población lo multiplica casi por seis. Pero en ese país, 172.000 individuos ganan un millón de dólares al año, unos pocos miles ganan diez millones; sólo 250 llegan a los 50 millones y un pequeño grupo (que no sé si llega al centenar) supera los cien millones de dólares. Estamos hablando sólo de ingresos, al margen del patrimonio de cada cual.

En un país tan trabajador es imposible que esas enormes diferencias sean fruto de la pereza. Más aún, la obsesión o la necesidad por trabajar al precio que sea ha hecho aparecer la enfermedad, que allí llaman *workadiction* (adicción al trabajo), y está llevando también a lo que un estudio sociológico sobre Estados Unidos titula "*la corrosión del carácter*", por las continuas amenazas, cambios de residencia, etc.

Y todavía un último ejemplo. Casi todos conocerán esa parábola que dice: si la tierra fuese una pequeña aldea de cien habitantes, de ellos, 57 serían asiáticos, 14 occidentales, 8 africanos, 70 no serían blancos, etc. Y sigue: 6 personas poseerían el 59 por ciento de toda la riqueza del mundo (y serían norteamericanos); 80 vivirían en chabolas; 70 no sabrían leer; 50 sufrirían malnutrición, sólo uno tendría educación universitaria y sólo uno tendría ordenador. Números cantan y basta de cifras.

2. Una parábola

Estos datos ya son conocidos y ahora voy a tratar de interpretarlos con una vieja parábola española: en la zona judía de Toledo hay una calle dedicada a un tal Mateo Leví, del que dice la leyenda que *prefirió morir torturado antes que declarar dónde tenía sus riquezas*.

Sea leyenda o no, es una buena parábola de la condición de los muy ricos: los torturadores, por supuesto, serían unos salvajes crueles. Pero lo que quiere enseñar la leyenda es hasta qué punto los seres humanos podemos adorar lo que tenemos: *preferimos morir antes que compartirlo*, y esta idolatría crece más cuanto más tenemos.

3. Una sospecha

Acabo de emplear las palabras adorar e idolatría. Ellas me llevan a otra reflexión, que me parece fundamental. Se dice que vivimos en una sociedad laica y estamos muy orgullosos de ello. Me permito dudar de ese aserto: creo que más

bien vivimos en una sociedad *teocrática*, pero de un determinado dios falso. Ese dios de nuestra sociedad es la propiedad. Y su decálogo (promulgado no en el Sinaí, sino, por ejemplo, en los libros de Locke) es el derecho de propiedad. Se trata de un derecho que, en sí mismo, es real, pero limitado y *muy matizado*. En cambio, en nuestra sociedad es un derecho absoluto y casi único.

Por eso, según Locke, el hombre tiene derecho a matar para defender su propiedad; es decir: *mi propiedad vale más que una vida humana*. Lo cual sólo podría decirse de un Dios (falso por supuesto). Por eso escribía Ch. Peguy que la libreta de ahorros es como el evangelio, el libro y el compendio del pensamiento moderno. Y que ese libro es el único suficientemente fuerte para resistir los embates del Evangelio cristiano.

Se puede comentar que esa idolatría es bastante comprensible, desde nuestra dura condición humana. Ya he dicho antes que, en nuestra sociedad, el dinero da poder y estimación: yo al menos todavía no he visto entre los V.I.P. a ninguna persona de clase media baja, a pesar de que riqueza e importancia son, *en abstracto*, palabras con significados disjuntos. Pero no sólo poder y estimación. El dinero da, además, seguridad y eficacia. Esas cuatro esquinas tan fundamentales para nuestra vida son las que siempre han hecho que los hombres necesitaran y buscaran a los dioses. De ahí la enorme dificultad de una sociedad verdaderamente laica, y no sólo nominalmente.

4. Reflexión final

De la tesis de este apartado podría hacerse una descripción psicológica o antropológica, que cabría en la letra de aquella canción "todos queremos más" (aunque pueda ser en campos diversos). Y el que se priva de algo en un campo busca más en otro, o busca reconocimiento por ello.

Para concluir, permítaseme filosofar un poco sobre esa letra de la canción. Según J. P. Sartre, el hombre es una pasión de divinidad, de absolutez, de totalidad y de más. Por eso, "los otros" estorban, quitan espacio, "son el infierno".

Esto que dice el filósofo ateo tiene, además, una lectura creyente. Los cristianos dicen que Dios, el Absoluto, el Infinito, no podría crear nada fuera de sí, si antes no decide "retraerse y limitarse" (para que puedan aparecer seres finitos y el tiempo y el espacio). Simone Weil afirmaba que "Dios creó al universo como el mar se retira para que aparezcan las costas". Pues bien, el hombre no es Dios, pero sí una pretensión de divinidad, de absolutez. *Si esa pretensión de absoluto no se retira, no se "limita", no podrán aparecer los otros como iguales a mí. Aparecerán a lo sumo como inferiores a mí, empobrecidos, infrahumanos.*

Si queremos ser honrados, pienso que no es difícil comprender por qué hay pobres a la luz de estas reflexiones. Hay pobres por causa nuestra. Y esto nos llevan a la segunda tesis.

Segunda tesis. Hay pobres porque los hacemos nosotros.

Quiero añadir a este enunciado que los hacemos no sólo de manera inmediata o directa sino, sobre todo, *de manera mediata o indirecta*.

Los humanos somos seres enormemente interconectados, mucho menos aislados de lo que cree y profesa el individualismo ambiental (el cual ha nacido, en buena parte, como ideología defensora del absoluto de la propiedad). De modo que todos nuestros actos repercuten en el todo social, y estructuran bondad o maldad, igualdad o desigualdad, riqueza o pobreza. Y estructuran también sistemas en que los ricos son cada vez más ricos, a costa de que los pobres sean cada vez más pobres.

Nos cuesta aceptar esto. Pues el individualismo ambiental piensa y enseña que lo que yo hago me afecta a mí solo y no toca para nada a los demás. Pero eso no es más que una puesta en juego de esa pretensión de absoluto o pretensión de divinidad (Sartre), que anida en todos nosotros.

1. Acercamiento gráfico

La tesis que contraponemos a esa visión individualista podría visibilizarse con una expresión técnica de la ciencia moderna, que ha logrado cierta vulgarización (incluso, si no recuerdo mal, fue tema de alguna película): me refiero al llamado "*efecto mariposa*": una cosa tan leve y tan imperceptible como es el batir de alas de una mariposa en Londres, puede llegar a tener sus repercusiones en Australia.

Dicho de manera un poco más técnica: en los niveles últimos de la constitución de nuestra realidad material (lo que se llama partículas elementales), ya no es posible concebir a éstas como unidades cerradas y determinadas, al modo de la atomística antigua. Se las concibe siempre y sólo *al interior de un sistema de relaciones y de interacciones, con márgenes de indeterminación*.

Cabría decir, por tanto, que el individualismo ambiental, económico y norteamericano sobre todo, traduce a niveles antropológicos y sociológicos una cosmología y una física newtonianas. No ha pasado por las revoluciones de la mecánica cuántica o la ecuación de indeterminación...

2. Descripciones económicas

Pero dejemos las analogías físicas y hagamos una rápida descripción económica. Una multinacional potente (*Nike, CocaCola, Reebok...*) suele terminar el año anunciando un aumento sustancial de beneficios. (Prescindamos ahora de que, al menos en el caso de algún banco cercano, sabemos que no siempre ha sido exacto ese balance; pero se proclamó así como un modo de atraer más inversiones y de que subiera el precio de las acciones. Pero ahora podemos prescindir de esto).

Sorprendentemente, y poco después de ese anuncio triunfal, la multinacional anuncia que va a cerrar sus fábricas en Estados Unidos, en Alemania (o en España) y se va a trasladar a México, a Filipinas, a Birmania... Y cuando se le pregunta por qué obra así, después de un balance tan positivo, la respuesta infalible es que hay que ser competitivos: *we must be competitive*. Así lo reflejaba una espléndida película norteamericana, que se titulaba, significativamente, *I am the one*.

Aquí está ese afán de "más", descrito en la primera parte. Sus consecuencias, en el caso que nos ocupa, han venido siendo últimamente éstas: las multinacionales abren empresas en un país con la condición de no quedar sujetas a las leyes sociales o medioambientales de aquel país (¡si las hay!). Si esa condición no se acepta, siempre tienen la posibilidad de marcharse a otro sitio (de Birmania a China, por ejemplo): porque, en fin de cuentas, ellas van al país a "aportar capital y crear puestos de trabajo".

La verdad de esa noble pretensión son unas condiciones laborales inimaginables e infrahumanas para las gentes de aquel país anfitrión: trabajos de niños, horarios de 12 ó 14 horas, salarios hasta 18 ó 20 veces más bajos que en el país de origen (de 7 u 8 dólares a 40 ó 50 céntimos); falta de permiso hasta para ir al baño, nula protección ante los riesgos laborales, de accidentes o radiaciones cancerígenas... Condiciones tan brutales que nos las cuentan y no nos las creemos porque nos parecen imposibles¹.

Y los inmensos beneficios que salen de ahí, y que van haciendo ricos cada vez más ricos, a costa de pobres cada vez más pobres, no se revierten en aquellos que han sido sus productores y que son los trabajadores del país, empresarialmente invadido. Se invierten, en cantidades enormes, en propaganda: en crear estructuras, a veces incluso benéficas, en las cuales *la marca lo ocupa todo, hasta convertirse en una especie de dios*: en una entidad que ahora ya no tiene valor por la calidad de su producto, sino por el nombre que lleva y porque la identificación con él da identidad a los que sienten no tener ninguna.

Los ejemplos son también aquí nuestro pan de cada día: el niño de muchas familias rechaza unas zapatillas de tenis tan buenas o mejores, pero que no son *Nike*, porque, si no lleva *Nike*, aunque camine mejor, no será nadie ante sus amiguitos. Y la resistencia de muchos adultos ante los medicamentos genéricos viene de esa misma veneración por la marca, al margen de la mejor o igual calidad del producto. Así, un niño de una favela de Sao Paulo llegará a matar a un compañero de infancia ¡por unas *Nike* usadas! Porque, al ponérselas, sabe que Ronaldo calza y anuncia las *Nike*. Y ello permitirá identificarse un poco con él a ese pobre muchacho, al que se está haciendo crecer sin identidad.

1. Se encontrarán ejemplos en la obra de Naomí Klein, *No Logo*. por ejemplo, en las pp. 250-267 y 316-321.

Bien. Todo es una descripción de los casos más extremos. Ya sé que las cosas no son siempre tan radicales. Pero el análisis de los casos más puros nos permite conocer mejor cuáles son las bacterias y los gérmenes patógenos que actúan en un organismo enfermo. Y esto es lo que estoy tratando de poner de relieve para nuestra organización social. También ha ocurrido que algunas de estas firmas acaben muriendo por la locura de su velocidad enriquecedora, por huelga de consumo cuando se conocen sus métodos o por lo que sea. Pero esto da lo mismo: si mueren, serán sustituidas por otras.

Y queda por añadir que estos modos de proceder buscan, además, una sanción y un refrendo en supuestos acuerdos o decisiones de la comunidad humana (mejor sería decir de los únicos que tienen voz en ella y que son los menos): en las normas que dicta el Fondo Monetario Internacional, o la Organización Mundial del Comercio, o en los intentos de crear aquel AMI (Acuerdo Multilateral de Inversiones), que, de momento, se logró frenar, pero que ya volverán a colárnoslo.

3. ¿Qué consecuencia sacar?

Se sigue de lo anterior, como mínimo, la necesidad para nosotros de una ética seria y radical (de mínimos pero también de máximos) relativa a *nuestro consumo y al uso de nuestro dinero*. Si la propiedad no es un dios (y una sociedad laica no debe tener dioses), ya no puede ser definida al modo romano como un derecho a usar y abusar de lo mío (*ius utendi et abutendi*). Cuando era joven, la clásica tesis de la doctrina social católica de que la propiedad tiene "una función" (o mejor *una auténtica hipoteca*) social, nos parecía insuficiente. Hoy, ya ni se habla de aquella tesis que, en nuestros días, resulta subversiva.

O dicho de otro modo, una reflexión sobre nuestra resistencia al consumismo como definidor de nuestra identidad ("consumo luego existo", se leía aún no hace mucho, en unos almacenes de Barcelona) sería algo absolutamente fundamental para evitar ese empobrecimiento estructural, que hemos esbozado, en esta segunda parte. Sin creer (según la mentalidad del individualismo posesivo), que el que yo consuma más o menos no afecta para nada a los demás.

Y así, pasamos a nuestra tercera tesis.

Tercera tesis. Existen empobrecidos porque los hombres nos negamos a reconocer los dos postulados anteriores.

Aclaro que esta tesis se refiere propiamente a los enunciados de las dos tesis anteriores, más allá del acierto en los ejemplos con que las he desarrollado.

Nuestra negativa a ese reconocimiento no se hace (o no se hace *todavía*) de manera clara y abierta, aunque mucha gente piensa que Nietzsche es el autor

que formuló de manera más descarada y cínica aquellas verdades de las que vive nuestra cultura, sin atreverse a reconocerlo.

1. Olvido y justificación

Así, mientras Ch. Peguy todavía escribe que "los ricos llegan a creer que la pobreza ha dejado de existir una vez que han logrado rodearla oportunamente de silencio" (es lo que hace la sociedad de consumo para nosotros), Nietzsche iba mucho más allá: "lo esencial de una aristocracia buena y sana es... que acepta con buena conciencia el sacrificio de un sinnúmero de seres humanos los cuales, *por su bien*, deben ser rebajados y reducidos a seres defectuosos, a cadáveres e instrumentos". Ese hombre "liberado de toda compasión decadente ante los débiles", capaz de "pensar en profundidad y defenderse de toda debilidad sentimental" sabe que "la vida es *esencialmente apropiación*, herir y avasallar lo extraño, lo débil, opresión, dureza... y por lo menos explotación"².

Ahí están las dos actitudes que describen nuestro modo de reaccionar ante los pobres, luego de haber contribuido a producirlos: *el olvido*, el silencio o la ignorancia y —cuando esto ya no es posible— *la justificación abierta* de nuestra conducta, apelando a "valores" superiores de aristocracia o de superioridad propia.

La segunda actitud es tan cruel que muchos seres humanos no se atreverían a aceptarla. Probablemente la aceptan sin rubor los que mueven los hilos económicos y militares de nuestro sistema de convivencia. Su problema es, entonces, *cómo se le venden esos contravalores a las gentes*, que todavía no son capaces de "liberarse de esa debilidad de la compasión", ni de reconocerse a sí mismos, en los párrafos que acabo de leer.

2. Vuelta al consumismo

Y aquí se puede ver la importancia del consumo a combatir con que concluíamos el enunciado anterior, y que es la clave de bóveda de todo nuestro sistema económico. En nuestra aceptación de los contravalores del sistema juega un enorme papel el consumismo y la creación de necesidades falsas, que revisitan de auténtica necesidad nuestra crueldad³.

He citado otras veces aquel dicho lúcido (de *Le mondain*) de Voltaire: "nada más necesario que lo superfluo". No demos a esta frase un sentido sólo individual. Cuando nuestras superfluidades actúan al interior de un determinado siste-

2. *Genealogía de la moral*, 258. Ver la cita en la *Revista Latinoamericana de Teología* 57 (2002), p. 247.

3. Muy recomendable me parece Adela Cortina, *Por una ética del consumo*, Madrid, 2002.

ma de conductas, no podemos prescindir de ellas, no sólo por nuestra debilidad personal, sino porque nos las impone todo un conjunto de pautas establecido.

Mientras más de dos mil millones de seres humanos sobreviven con dos dólares diarios o menos, nosotros abrimos el carro con un mando a distancia, mientras los pobres de la tierra apenas pueden cerrar sus casas (y, si una vez pudieron, luego la cerradura rota perdura sin reparar para siempre). Nosotros tenemos noticias y televisores en las estaciones de los metros, mientras los pobres carecen de acceso a toda información. Nuestros carros pueden rodar a 200 kilómetros por hora (aunque tengamos prohibido pasar de 120), mientras los pobres caminan varios kilómetros para llegar al lugar de trabajo (¡de explotación!) o a la escuela. Nosotros podemos oír música estereofónica en nuestros carros, mientras los pobres apenas pueden conocer la música. Nosotros podemos despedir aromas seductores, mientras los pobres con frecuencia han de oler mal. Nosotros añadimos a nuestras comidas unos aperitivos que sirvan de toda comida para muchos hambrientos de la tierra. Nosotros gastamos para alimentar nuestros equipos ídolos de fútbol unas cantidades que sirvan casi como PIB de algún pequeño país...

Y en contraste con eso, ante las demandas de destinar sólo el 0.7 por ciento de nuestro PIB para ayuda al exterior, respondemos que eso "no es (todavía) posible", donde la gracia está en ese adjetivo tranquilizador y subrayado. Y si les destinamos unos céntimos suele ser con la condición de que los inviertan en comprar unos productos nuestros, que ellos a veces no necesitan. Nosotros gastamos en armas (que queremos no tener que usar) lo que a ellos les permitiría vivir...

Esa es la necesidad de todas nuestras superfluidades. Si luego vamos un día al Matto Grosso o a Calcuta y nos damos cuenta que todas esas cosas no eran necesarias, abrimos unos ojos como platos. Pero, al regresar a casa, volveremos a experimentar su necesidad.

Pongamos un último ejemplo con el gran ídolo de nuestro mundo. Ídolo por su poder y por nuestra dependencia de él, que estos días vuelve a estar dolorosamente de moda. Me refiero a la energía. Muchas superfluidades del tipo de las antes citadas, requieren buen gasto de energía. La energía nos es tan necesaria que andamos calculando nuestras reservas, y buscando acceso a nuevos yacimientos de petróleo. Todo el mundo sabe que, detrás de la guerra de Irak, casi no ha habido más que (por un lado) la alarma de Estados Unidos ante el crecimiento de su gasto energético y el cálculo de para cuánto tienen... y, por el otro, en los países que se han opuesto (Francia, Rusia, China), los precontratos que tienen para con el petróleo de Irak, en cuanto se levante el embargo. Y esto debo reconocerlo, aunque esté incondicionalmente en este lado. El resto ha sido un esfuerzo descomunal por convencer a las diversas opiniones de que esta guerra era necesaria. Unas veces por nuestro miedo al terrorismo; y otras

esgrimiendo argumentos pseudoéticos sobre la autoridad de Naciones Unidas, o sobre la necesidad de obedecer a decretos que son constantemente desobedecidos sin esas consecuencias (los casos de Israel y Turquía entre otros), o la necesidad de desarmar a aquellos que están mucho menos armados que nosotros.

En resumen, *los resultados de esas falsas necesidades son conductas crueles*. Los que mueven los hilos del sistema se liberan a veces de esos escrúpulos y formulan claramente: los seres humanos no tienen esa dignidad que pretendemos asignarles, la igualdad entre ellos es una gran mentira: es falso que los humanos no puedan ser tratados como instrumentos.

Esas son las mentalidades que nuestro sistema genera, y que producen pobres. Los que mueven los hilos del sistema las formulan ya así, pero procuran que no las aceptemos así nosotros, y que se enmascaren para que podamos matar tranquilos.

Conclusión: Justicia y paz

Aunque he procurado hablar de una manera no confesional y válida para todos, a la hora de concluir no tengo por qué ocultar que mi inspiración viene de la tradición cristiana de la que provengo. Y sobre todo, de un punto fundamental de esa tradición, que, en parte, recogió también la tradición marxista, pero que brilla totalmente por su ausencia, en la tradición que llamariamos liberal: me refiero a la íntima relación (casi identidad) entre justicia y paz.

Según el profeta Isaías, "la paz es fruto de la justicia" (32, 17). Es más o menos bonito citar esa frase, pero ella implica cosas muy serias. Por ejemplo, un acto terrorista será siempre inmoral o criminal; pero, además de ser *un crimen*, es posible que muchas veces sea también *un síntoma*. La tradición liberal occidental se niega siempre a admitir eso: el terrorismo es sólo inmoralidad, nunca síntoma. Por tanto, la manera de combatirlo nunca puede ser algún cambio nuestro, sino sólo la eliminación de ellos (*Bush dixit, et Aznar scripsit*). Ni la Biblia, ni la tradición marxista pensarían así.

Pero además, la tradición cristiana hace otra parecida vinculación entre paz y justicia, ahora no sólo a niveles *sociales*, sino a niveles *personales*, particulares. El Dios bíblico es un Dios de la justicia y no otra cosa (aunque esto moleste mucho a las iglesias, porque entonces ellas estarán sólo para servir a Dios y no para que los hombres se sometan a ellas, en nombre de Dios). Pero si el Dios bíblico es un Dios de la justicia, el don mayor de ese Dios es la paz. Jesús de Nazaret solía repetir "la paz les dejo, mi paz les doy". Y años después, Pablo de Tarso escribe a una de sus comunidades una de las frases que más aprecio, en toda la Biblia: "que esa paz de Dios que supera toda comprensión, ilumine sus corazones y sus pensamientos" (Fil 4, 7). La experiencia de esa paz individual y su capacidad iluminadora me parecen a mí ciertas: muchos hombres la hemos compartido. Y el camino hacia ella lo marcan otras palabras de Jesús: "aprendan

a ser mansos y humildes de corazón, y hallarán paz en sus almas". Esa paz que buscamos con mil técnicas, farmacológicas, de autoestima, de exotismos varios, viene de ese ser "mansos y humildes de corazón", el cual es, a su vez, la única manera de que aquel afán de ser más, que veíamos en la primera tesis, no se poseione de nosotros y nos haga actuar como he intentado describir, en esta charla.

La misma fuente de nuestra paz sería así la causa de un mundo menos injusto y, por consiguiente, con menos empobrecidos. Esta conclusión me parece que valga la pena destacarla.

Y por eso, me van a permitir que cierre esta exposición con una oración, que puede ser recitada también por quienes no crean y de la que me han dicho que es la misma con que terminó Leonardo Boff su intervención en el foro reciente de Portoalegre. Quiero que sea una manera de hacer presente a Leonardo, cuya ausencia forzada es la única razón por la que esta charla me tocó a mí. Es la plegaria en que Francisco de Asís pedía "ser instrumento de la paz de Dios", que, tal como acabo de decir, significa ser instrumento de la justicia. Voy a leerla pues para terminar:

Hazme un instrumento de tu paz
Donde haya odio, que yo ponga amor.
Donde haya ofensa ponga yo perdón.
Donde haya duda que yo ponga fe.
Donde haya tiniebla que yo ponga luz.
Donde haya tristeza ponga yo alegría.
Enséñame Señor a no buscar
querer ser consolado sino consolar,
querer ser comprendido sino comprender,
ser amado sino yo amar.
Porque dando es como se recibe.
Olvidándose de uno mismo es como se encuentra uno a sí mismo.
Perdonando es como se obtiene perdón.
Muriendo es como se resucita para vida eterna.